el fondo; y desde las cortinas que la rodean hasta el balcon, hay primero un aguamanil y luego un armario y despues una mesita para escribir, y en el lienzo de enfrente cuatro sillas y un cofre. Cuando me vienen á ver hasta seis amigos, casi podemos estar sentados. Ya ven mis lectores que tengo una vivienda por el estilo de la de Sócrates, y eso que no puedo compararme con Sócrates sino en lo feo. Me parece, con todo, que mi patrona es mas fea que yo. Una bendita de Dios á parte de esto: mujer tan mortificada y penitente, que lo mas del año me trae penitenciado á mí, sin consultar con mi gusto. Cuando no se le olvida echar en la olla el chorizo, me suprime los postres: su memoria es tan infeliz que no se acuerda de cojer los puntos de mis calcetas, y tal vez equivoca el día 21 con el último del mes. A pesar de todo, yo no pienso en mudar de posada: algo será ello.

Suenan tres golpeitos suaves en la pared donde apoya la cabecera de mi cama, pared que es medianería entre mi casa y la del vecino: contesto inmediatamente y corro al balcon; el balcon es lo que yo pago á mi huésped. Por pronto que me asome, ya se halla en el balcon inmediato una linda jóven que me dice: "estamos solas y vamos á salir; si pasa U. á casa, puede que mamá le permita que nos acompañe."—"Mercedes, niña, ven aquí" grita la mamá desde adentro, y Mercedes tiene que escapar para que no la pillen en el garlito. Su mamá Doña Gregoria es una madre con toda la severidad del siglo XV, todo el saber del siglo XVIII, y toda la desconfianza del XIX: ¡yaya U. á averiguarse con tres siglos juntos! Así es que solo he conseguido besar la mano á mi hermosa una tarde que paseábamos en un sitio donde no parecia un alma; y fué porque habiéndose levantado una fuerte ventisca, el polvo habia cegado momentáneamente al Argos que nos vijilaba. ¡Triste sagacidad la de los mortales, cuando una rafaga de viento se burla de ella!

Vístome apresuradamente; pero con esmero, porque bien lo necesito: ya he dicho que no soy nada galan, y que mi dama es muy linda. No hay que escandalizarse de que una jóven hermosa se prenda de una figura de tapiz; porque las mujeres suelen por lo comun escojer lo peor; y porque mi adorada, entre sus muchas perfecciones, tiene la faltilla de ser coja. Con las damas sucede lo contrario que con las composiciones poéticas; son ménos difíciles las de pié quebrado. Bajo á brincos la escalera de mi casa, salgo á la calle, entro en el portal de Mercedes, y pongo el pié en el primer escalon al mismo tiempo que una criada sacude desde el último piso un fempudo, no removido quizá en dos meses; y la puerca me cubre en un santiamen desde el sombrero á las botas con una capa de polvo un dedo de gruesa. Juro y reniego copiosamente; pero la broza no huye de mi vestido espantadas con mis juramentos; y por no dar que reir á Doña Gregoria y quizá á su amable hija, vuelvo á mi cuarto para limpiarme, y por lo pronto tengo que ponerme en camisa. Terminada la operacion, salgo nuevamente de casa; pero tomo mis precauciones ántes de internarme en la fatal escalera. Ya habia subido sin tropiezo hasta el cuarto segundo, cuando un inmenso rollo de esparto, una movable columna, una torre inclinada, sostenida en los hombros de un robusto gallego, me ataja el camino. ¡Maldiga Dios á quien tan inoportunamente desestera! Resuélvome á retroceder, no pudiendo avanzar; mas ni aun esto me permite mi pícara suerte. Miétras yo calculaba si el rollo de estera me dejaría paso, otro mozo de cordel que sube con un estante me corta la retirada: cósome contra la puerta del cuarto segundo, y la puerta se abre y caigo á la larga, besando casi las faldas de la respetable Doña Casilda, que salia acelerada de su habitacion á reñir al mozo que subia el estante. Nunca dije con mas propiedad A LOS PIES DE U. á una señora; nunca lo dije tampoco de peor gana ni con mas sentimiento: habia caido en manos de la mujer mas habladora que produjeron jamas padre sangrador y madre ropera.

"¿Se ha asustado U.? ¿Se ha hecho U. daño? Tome U. un vaso de agua." Y que quieras, que no, me encaja en la cocina. "Venga U. donde le dé el aire." Y me lleva sin mas ni mas á su balcon, perpendicularmente colocado debajo del de Mercedes. "Lo mismo que á U.," continúa, "le sucedió á D. Telésforo Quincoces el año que fué tesorero de la hermandad de San Lúcas evangelista quince dias ántes del que habiamos señalado para casarnos. Cuando digo que le sucedió lo mismo, quiero decir solamente que se dió una costalada en una escalera: pero el pobrecito D. Telésforo se desnucó del golpe.—"¡Mal rayo parta las escaleras!" replico yo.—"Amen," contesta Doña Casilda: "en una escalera fué donde reñimos mi Telésforo y yo la última vez." Y la buena señora me ensarta la relacion de un altercado ocurrido el año que se incendió la plaza Mayor de Madrid. Cuando me refiere las razones de D. Telésforo, baja la voz misteriosamente; cuando me da cuenta de las suyas, se enajena, hablan en primera persona, y todos los que la oyen se figuran que riñe conmigo. "U. es un pérfido" exclamaba como una energúmena, "U. hace cocos á la vecina y luego dice que me quiere; no piense U. que á mí me satisfice con decir que se correrán el domingo las primeras amonestaciones." Una pelotilla de papel que me da en la cabeza, me hace mirar al balcon de arriba, y de entre los hierros veo escaparse la falda de raso de mi bella coja: conozco que nos ha oido, rezelo una equivocacion que puede ser fatal á mis amores; despídome de la novia del difunto cofrade de San Lúcas; pero la desapiadada Doña Casilda se ha apoderado de mi sombrero, y tarda en limpiarlo todo el tiempo que basta para que el golpe de la muleta de Mercedes deje de sonar en los peldaños de la escalera.

Recobro por fin el sombrero, salgo aceleradamente.... ¡Otro nuevo obstáculo! Un astroso mendigo, tuerto por mas señas, me saluda militarmente con la mano izquierda, me dice que cayó prisionero en Aragon EN LA PEÑA DE ORDUÑA, y me pide una limosna con un modo que da gana de contestarle sacando del bolsillo no una moneda, sino una pistola. Conténtole, ó creo contentarle, con una columnaria, y logro por último verme en la calle; pero ni en la calle ni en las inmediatas descubro á mi querida; su muleta parece que se ha convertido en el baston alado del correveidile de los Dioses. Cabizbajo y melancólico me restituyo á mi palomar, y al desnudarme echo de ver que mi reloj y mi dinero se han ido sin mi licencia con el prisionero de la accion de Orduña, dada en los campos de Aragon.

Ardiendo vea yo tan peligrosa escalera, luego que Mercedes se mude á otra casa, y ántes que deje su cuarto la habladora de Doña Casilda.

Los Reyes de Leon.

POR ALEJANDRO DUMAS.

Hace algunos dias, dice un corresponsal de Madrid al Editor del Correo de los Estados Unidos, que el Sr. Alejandro Dumas inspirado con la idea de un nuevo romance se salió solo, y ya al caer la noche se internó mas de lo que debiera en el bosque. Llegado allí sin pensarlo, se puso á ver en contorno y descubrió á través de la enramada algunos bultos de no buen agüero.

—Vaya, se dijo el escritor, no haya miedo que no hay ladrones en España; pero casi al punto sintió una cosa muy fria sobre la nuca: el cañon de una escopeta nada ménos. El de Dumas, un si no es azorado, volvió cara y se halló faz á faz con una buena docena de caballeros armados hasta los dientes. Uno de ellos se adelantó al poeta y saludándolo, le dijo piano, piano:

—Perdone U. señor: ¿querria U. seguirnos?
—¿Quién es U.? preguntó Dumas.
—Me llamo Luis Vampa y gracias á las indiscreciones de U. en su célebre romance de Monte-Cristo, yo y los míos hemos tenido que abandonar la Italia y venir á continuar nuestro tráfico por estas comarcas españolas.
—Bien, y qué hay con eso? preguntó Dumas. ¿Qué me quiere U.?
—Nada deseo que no pueda U. hacer; pero principie U. por seguirnos.
—Enhorabuena, dijo Dumas. Y se pusieron en marcha.

En diez minutos vencedores y cautivo se hallaban en una cueva situada en lugar muy apartado y cuya boca estaba tan cuidadosamente oculta como la entrada á la caberna de Gil Blas.

El Sr. D. Alejandro fué conducido á una especie de gabinete tallado en la piedra viva, donde le dejaron perfectamente á solas. Así como así llegó la hora de comer y el parroquiano del Café de París tenia una hambre atroz.

Llamó y el Sr. Vampa se le presentó en persona.
—¿Qué desea su excelencia?
—Comer.

—¿Quiere su excelencia consultar la tarifa?
—¡Ah! ¡ah!, exclamó Dumas haciendo memoria de cierto capítulo de Monte-Cristo en que los bandoleros del Coliseo ponen á precio la comida de cierto banquero Danglars. Estos pillos me roban siempre y por siempre mis novelas y ahora quieren robarme mi dinero. Abrió sin embargo la tarifa y leyó lo siguiente:

Pan, diez pájinas; pasteles, idem; una gallina, una pájina de impresion; una gallina trufada, dos pájinas idem; vino comun, dos y media; de Burdeos, tres; champaña, tres y media; postres, veinte pájinas; sirviente diez pájinas.

—Vamos, dijo Dumas, esta es una comida de un volúmen. Es, que la sirvan al momento.

—Debo prevenir á su excelencia que nosotros no fiamos y que siendo ademas fresqueitos nuestros manjares, exijimos que se nos pague con trabajos inéditos, advirtiéndole ademas que no nos dejaremos engañar.

—Corriente, dijo Dumas: qué hora es?
—Las ocho.

—Que la cena esté lista para las diez y media.
Y á las once estaba el Sr. D. Alejandro de Dumas engulléndose una magnífica comida con champagne, trufas y frutas raras.

Acabando de comer vió á Luis Vampa que le traia cigarros.

—¿Diga U. qué ha hecho con mi romance?
—Señor, dijo el bandido, lo haré traducir al español y publicarlo en mi periódico EL HERALDO. Perdone U. la arteria que he empleado con U., pero era el único modo de salir avante. Yo me gano 10,000 suscriptores con su romance y U. 40,000 reales que vengo á pagarle, dijo Vampa, sacando de su bolsillo diez billetes del Banco de Francia.

Y por eso es que EL HERALDO anuncia la publicacion de LOS REYES DE LEON por el Sr. Alejandro Dumas. (Papeles extranjeros.)

PUERTO-RICO 25 DE FEBRERO DE 1847.

Relacion de las multas que han impuesto varios Alcaldes, Alcaldes-Corregidores y Tenientes á guerra, en el mes de Diciembre próximo pasado por las causas que á continuacion se expresan.

	Pa. Rs.
<i>Fajardo.</i>	
D. Pablo Carreras, por dos bueyes sueltos.....	2 0
D. Agustín Lopez, por dos yeguas idem.....	2 0
D. José Otero, por una vaca idem.....	1 0
Manuel del Valle, por un caballo idem.....	1 0
Gaspar de la Cruz, por una potranca idem.....	1 0
Juan Anjel de Ribera, por una yegua idem.....	1 0
José Ponce, por idem idem.....	1 0
D. Monserrate Garcia, por un buey idem.....	1 0
Antonio Ruiz, por un potro idem.....	1 0
Pedro Donato, por dos vacas idem.....	2 0
D. Antonio Gotay, por una yegua idem.....	1 0
D. Juan Campos, por un caballo idem.....	1 0
Bautista Tribiño, por una vaca idem.....	1 0
Maria Vicenta Silva, por un ternero idem.....	1 0
D. José Becerril, por un negro aprehendido á deshora de la noche, de cuya multa se descuentan 10 rs. dados al aprehensor Juan Negrón.....	2 8
Fernando Recí, por un buey suelto.....	1 0
D. Manuel Zalduondo, por un caballo idem.....	1 0
Maria Pantaleona de Ribera, por una potranca idem.....	1 0
D. Antonio Garcia, por una vaca idem.....	1 0
<i>Bayamon.</i>	
D. Policarpo Dávila, por una vaca suelta.....	1 0
D. José Estévan Goenaga, por idem idem.....	1 0
D. Juan Basilio Nuñez, por idem idem.....	1 0
D. Ricardo Geigel, por un buey idem.....	1 0
D. Merquiades Rodriguez, por una yegua idem.....	1 0
D. Juan Basilio Nuñez, por haber matado una vaca preñada para el abasto público.....	4 0
A los jornaleros Juan José Rodriguez, Pedro José Alicea, José Concepcion, José Vazquez, Henrique Ocacio, y Juan Francisco Nevares, por no haberse matriculado en oportunidad, fueron multados en 2 rs. cada uno.....	1 4
<i>San Miguel de Trujillo.</i>	
Cirilo de Ribera, por una bestia suelta.....	1 0
D. Pedro Dávila, por tres rees idem.....	3 0
José de Ribera (a) Bobo, por dos bueyes idem.....	2 0
D. Gregorio Gonzalez, por dos bestias y un buey idem.....	3 0